

La pamplonesa Maite Esparza Nieva firma 'El verano que aprendí a disparar', una autoficción entre Navarra y Barcelona y con una protagonista a la que se acompaña en las etapas de la vida hasta un descubrimiento a los 40 años que lo dinamita todo

Una historia de las primeras veces

LAURA PUY MUGUIRO

Pamplona

LE provocó “sarpullidos” releer hace un par de años uno de aquellos diarios que escribió en la adolescencia, “esa etapa de explosión hormonal y de intensidad extrema en la vida”, ríe. Pero ahora sabe que le sirvió para comprobar que sí, que ya le gustaba escribir entonces; que “además del diario satánico” plasma historias que a partir de los 20 años se convirtieron en relatos, y que decidió estudiar Periodismo porque en los noventa, cuando comenzó su formación universitaria, “era lo más cercano a escribir que existía”. Comunicadora, guionista y escritora, Maite Esparza Nieva (Pamplona, 1972) publica su primera novela, *El verano que aprendí a disparar*. Y si la escritura ha sido para ella siempre algo placentero, la constancia que le ha provocado redactar este libro no la había vivido con ninguna actividad personal, sin contar el trabajo. “Me levantaba a las seis de la mañana para sacar dos horas para escribir, y lo hacía con alegría física y mental, que no me ha pasado en la vida. Para mí es muy sintomático”, se refiere ella, que es “lechuza, no alondra”, a esta novela que transcurre entre Navarra — Estella y Ganuza— y Barcelona y que, desde la autoficción, construye la identidad femenina a partir de los años ochenta, con una parte de novela iniciática, por esas primeras veces a lo largo de la vida, y también de novela generacional. La protagonista Diana, a través de la que plantea hasta dónde es capaz de llegar alguien cuando se le coloca al borde del acantilado. “Hay distancia entre lo que somos y lo que creemos que somos. Cuanto mejor te conozcas, la distancia es más pequeña, pero a veces tenemos una autopercepción bastante mejor o peor de quiénes somos realmente. Y nunca sabemos cómo vamos a reaccionar cuando tocamos una de las piedras angulares de lo que somos, cuando asesinan a tu madre o violan a tu hermana y te ponen delante del asesino o del violador”, añade sobre la premisa a partir de la que ha construido el libro.

Está viviendo como “un regalo brutal” las presentaciones del libro, “un equilibrio entre humor y emotividad”. De hecho, son algunos ingredientes con los que ha montado esta novela. “Hay mucha luz, humor, emotividad, crudeza y oscuridad”, describe Esparza de esta obra que buscó que fuera también un homenaje a personas como su padre y su madre, “de la generación de la posguerra y que, con capacidad e inteligencia, no tuvieron la suerte



Maite Esparza Nieva presentó la semana pasada *El verano que aprendí a disparar* en la Biblioteca de Estella.

MONTXO A.G.

de estudiar hasta el nivel que podían haberlo hecho y se han sacrificado mucho para que la siguiente generación pueda acceder a aquello que no tuvieron y que ha abierto otras puertas a quien ha llegado detrás; personas generosas que han proporcionado lo que no han tenido, respetando las decisiones de sus hijos y de sus hijas, que a veces quizás no serían las suyas”.

El espacio de lo no dicho

Con partes de “ficción pura”, hay también anécdotas autobiográficas de la infancia y la adolescencia. De hecho, el ejercicio de revisión interior personal le provocó seísmos. “Abrí muchas cajas que llevaban tiempo cerradas, y salieron energías que me removieron mucho. Hubo momentos de mucho disfrute; sonreí, incluso me reí físicamente mientras escribía, pero fue un proceso que me provocó un seísmo cuando me enfrenté a cuestiones que llevaba un tiempo aparcadas”, señala Esparza, que publica una columna semanal en prensa, que en 2008 recopiló relatos breves en *Hay cosas que conviene no preguntar* y que ha trabajado en televisión, radio, prensa y el sector editorial en Pamplona, Barcelona y Bilbao.

Ejemplo de ese seísmo es el alzhéimer de su padre, que tam-

bién sufre el de la protagonista. “Mi padre padeció diez años de alzhéimer y murió hace cuatro años y medio, y, siendo una persona a la que adoraba y quería mucho, en el proceso de pérdida que supone esta enfermedad, ese borrado sucesivo en el que no hay espacio para la esperanza porque eres consciente en cada momento de que lo que tienes sin ser bueno es lo mejor que vas a tener, pasé por todos los estadios, negación, rabia, rebelión interna...”, recuerda de entonces. “Al mismo tiempo, sigues queriendo a esa persona que va desapareciendo y sigues estando todo lo que puedes estar con ella y a todos los niveles. Todo es un aprendizaje, y a mí me cambió mucho como persona”, confiesa.

También revisó esas primeras veces en la vida, “una de las partes más luminosas del libro”. “A veces las primeras veces se asocian con las etapas iniciales de la vida, con la infancia, con la adolescencia, porque cuanto menos experiencia, menos tramo vivido, menos conocimiento tienes y más espacio hay para los estrenos y las primeras veces. Y ocurren en esas etapas, pero no dejan de ocurrir cuando te haces adulta, sobre todo si eres una persona inquieta y buscadora y te gusta experimentar y probar en cualquier nivel de los que nos ofrece la vida”. Y se ha servido de

la ficción para construir situaciones y personajes que no tienen ninguna base real y que no existen como tales y que en el libro llevan a la protagonista a “descubrirse, a enfrentarse a creencias tuyas que quizá tenía que desactivar o a desaprender para aprender otras”.

Y precisamente al acompañar a Diana en distintas épocas de la vida hasta los 40 años “se van descubriendo situaciones comprometidas con las mujeres” y por las que la protagonista conoce desde muy niña “que siendo chica siempre se pierde”. “Porque de la violencia contra la mujer se cuenta mucho ahora, pero entonces no se hablaba”. Porque, añade Esparza, existía “el espacio enorme de lo no dicho, de lo

no explicitado”. “Recuerdo de pequeña que la manera de avisarnos nuestras madres de los posibles peligros era, sin llegar a nombrarlos, decir: ‘Ten cuidado con ese chico que no está muy bien de la cabeza’. Y en tus 9, 10 o 12 años pensabas: ‘¿Y a qué tengo que tener miedo?, ¿a que me dé una paliza porque no está bien de la cabeza?’. Porque en lo que no pensabas era en el abuso sexual o en que te pudiera violar, ese discurso aparece más tarde”.

Y es que “todo eso no dicho es muy pernicioso”. “Y está siempre la idea de que debes estar alerta porque te pueden ocurrir cosas que no vas a poder controlar y que a un chico no le van a ocurrir. De partida te coloca en lugar de desventaja”. Y la protagonista se hace en esa época de los años ochenta con las armas de un chico y se pega, algo poco habitual en una chica. “Le resulta tremendamente injusto desde su mentalidad infantil que ser mujer la relega a un lugar en el que siempre puede perder. Y se rebela contra esa especie de rol y de manera de reaccionar que de algún modo estaba impuesto socialmente”, indica Esparza, que plantea que la violencia contra las mujeres, “muy integrada en la sociedad, se sigue percibiendo como algo que forma parte de los códigos de relaciones entre hombres y mujeres”.



'EL VERANO QUE APRENDÍ A DISPARAR'

Autora: Maite Esparza Nieva.

Editorial: Eunate.

Número de páginas: 304.

Precio: 20,90 € papel y 8,90 € ebook.